

## OPINIÓN

## LA ÍNSULA BARATARIA INUNDADA

## LA TRIBUNA

**JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD**

Catedrático de Antropología Social de la Universidad de Granada



OS grandes clásicos literarios no nos defraudan porque sea cual sea la situación siempre nos ofrecen metáforas aplicables a nuestro tiempo. Leí en una breve aportación al debate cervantista que ha tenido cierta fortuna, el *Cervantes libertario* del profesor Emilio Sola, que los quijotistas se dividen en dos grupos bien definidos: cervantistas propiamente dichos, es decir aquellos a los que la figura enigmática de Cervantes, hombre de tantos mundos, les seduce, por la problematicidad que arrastra su biografía misma; y la de los quijotistas, más cercanos al héroe literario de Cervantes, con sus anhelos indeclinables de libertad imaginaria, labrada en la ironía. Para Sola, los cervantistas suelen ser libertarios, los quijotistas, conservadores. Desde luego, los hermeneutas de hoy no pueden prescindir al leer *El Quijote* de tener presentes los pasos y sufrimientos del Cervantes real, malviviendo en aquella su sociedad hermética e inquisitorial que a pesar de todo amaba por la calidad del pueblo menudo.

Sea que los acontecimientos actuales de Cataluña admitan a fragmentos una lectura cervantina. Veamos. Cuando el duque de Villahermosa le ofrece a Sancho Panza, ese español por antonomasia, la ínsula Barataria, se la otorga como algo prístino y sólido: “Sancho, amigo, la

ínsula que yo os he prometido no es movable ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones”. Ofrecimiento al que acaba respondiendo Sancho: “Venga esa ínsula; que yo pugnaré por ser tal gobernador que a pesar de bellacos me vaya el cielo, y esto no es por codicia”. Lo hace por puro placer de gobierno: “Por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador”. Y el duque en plan seductor, tomándole el pelo, le contesta: “Si una vez lo probáis, Sancho (...), comeréis heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido”. Así las cosas, cabe interpretar que en Cataluña, y no en mitad del Ebro, donde se dice que estaba la tal Barataria, se me representa haberse querido fundar otra ínsula tormentosa llena de alucinaciones. Ficción, para colmo, que está acabando en una suerte de pesadilla, co-

mo para Sancho lo fue el gobierno de su ínsula de pacotilla.

Empero, la cosa no acaba ahí. Cuando donde Quijote y Sancho encaminan precisamente sus pasos desde Barataria hacia Barcelona, tienen una pelea cuerpo a cuerpo amo y criado, en la cual sale vencedor Sancho. La palabra “traidor”, ahora tan de moda en el argot político y tan insensata en su uso, hace su aparición. Dice Don Quijote: “¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?”. Y responde Sancho, como auténtico español, que no reconoce más autoridad que la suya propia: “No quito ni pongo rey (...), sino ayúdome a mí, que soy mi señor”. Ya se sabe que, en lo tocante a autoridad, el español manda hasta en su hambre y, por supuesto, en su casa, donde hace en el colmo de su satisfacción lo que le da la gana.

En fin, en la estadía catalana tienen tantos lances los amigos, que “al salir de Bar-

celona volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo: “¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse!”. A lo que vuelve a apostillar Sancho: “Si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de a pie, no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y, sobre todo, ciega, y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba, ni a quién ensalza”. El azar ha caído con toda su fuerza justificiera sobre esta su mala ventura catalana, de la que salen escaldados nuestros héroes.

Son reflexiones sobre el poder que en su deambular adquiere siempre raíces territoriales, puesto que la ínsula era algo bien enraizado donde plantar un imperio. Pero si entonces la fortuna hizo caer por tierra a caballero y escudero, ensalzándolos en una lucha cuerpo a cuerpo, antes siquiera de entrar en Barcelona, qué decir de hoy cuando se han impuesto la modernidad líquida, el flujo de las cosas sin identidades sólidas –dixit Z. Bauman–, en la que combatimos a diario para no caer el basurero de la nada. Creo que Cataluña –“su” Cataluña– con este movimiento en falso, inspirado en Barataria, ha sido derrotada por la modernidad líquida. La España sólida, eterna e inamovible, también. Cuando entra el agua en una casa lo mejor, dicen los albañiles, es renunciar a controlarla, y abrirla un boquete por donde salga. La modernidad líquida, la vida líquida, contemporánea nos lleva a navegar, más que cabalgar, con don Quijote y Sancho, urdidos por un irredento libertario como Cervantes, a sabiendas de que nos acercamos a un momento quién sabe si trágico o cómico.



ROSELL

## Postdata

**RAFAEL PADILLA**



## EMPEÑO DE VALIENTES

A cifra, difundida por Eurostat, sólo cuantifica el alcance de un fenómeno archiconocido: en España, el número de matrimonios, sean éstos religiosos o civiles, ha caído un 56% desde 1965. O dicho de otro modo, los jóvenes españoles no se casan o, al menos, lo hacen en cantidad mucho menor. Esos datos, que revelan un profundo cambio social, responden por supuesto a causas y motivos. Las unas, objetivas; los otros, etéreos, subjetivos y avivados por el menguante atractivo que produce la institución. Si nos detenemos en las primeras, hechos como la práctica imposibilidad de acceder a una vivienda digna o la injusta situación de un mercado laboral que, cuando les acoge, suele ser para ellos precario, temporal e infraremunerado, no ayudan a adoptar una decisión tan seria. Al tiempo, y quizá como reacción, la emancipación de nuestros jóvenes es cada vez más tardía: salir de sus familias les supone perder calidad de vida,

renunciar a un bienestar que fuera considerado inalcanzable.

Con todo, más allá de los factores medibles, para mí tienen mayor importancia esos otros que, en su sutilidad, desaniman el propósito. Así, por ejemplo, la coexistencia del matrimonio con otras formas legítimas aunque menos rigurosas de estructurar la vida en común. Éstas favorecen que el casarse se perciba ahora como un compromiso distinto, evitable, concreto y duradero, para el que muchos dicen no sentirse con la necesaria capacidad. No es que falte amor, sino que se huye de un estatus exigente que, por otra parte, se constata demasiadas veces fracasado.

Nunca fue fácil, pero en estos tiempos las dificultades crecen: vivimos en un mundo inestable, diferente, mudable, en el que casi todo se aparenta provisional. Los viejos esquemas ya no sirven, las pautas y normas aprendidas en el hogar de origen han decaído frente a la evolución de roles y las nuevas fórmulas de relación. Cunde el miedo que abona la interinidad, el vivir el presente sin atarse explícitamente a un proyecto de largo recorrido.

En tales condiciones, lo dice hasta el papa Francisco, quienes hoy contraen matrimonio son unos valientes, dueños de una extraña osadía que les permite confiar en la fuerza perpetua del amor. Es el caso de Ana, mi ahijada, y de Luis: el próximo sábado pronunciarán un sí que, por infrecuente, arrojado y generoso, merece el mejor de los futuros. Ése que a ellos, y a cuantos se atreven, yo, esperanzada y amorosamente, les deseo.

## Con la venia

**FERNANDO SANTIAGO**



## COSTALEROS GADITANOS

EN la Semana Santa de 1999 la Hermandad del Ecce Homo era ya conocida por su deseo de implantar en Cádiz maneras sevillanas. A sus capataces les gustaba que sus pasos se moviesen siguiendo el compás sevillano, cabe suponer que por orden de la Junta de Gobierno, cuyo hermano mayor era Fernando Pérez Cabrales. La controversia llegó a tal punto que en la plaza del Palillero, delante del palco oficial, un grupo de ciudadanos increparon en voz alta a la cofradía por un asunto de tan hondo calado.

Fue tal el alboroto que el padre Sebastián Llanes bajó desde el palco para ordenar que dejasen de llevar el paso de esa manera porque debía ser un atentado a los ojos de Dios. Asunto de vital trascendencia para la Iglesia porque un sacerdote no dudó en intervenir para atajar semejante desafuero.

Se conoce como la Batalla del Palillero. Aquello acabó tiempo después con la salida de esa junta de gobierno, algunos de los

cuales han seguido insistiendo desde la tertulia El Último Tramo, la cofradía de La Palma, la del Despojado y los medios de comunicación con los argumentos que provocaron aquel conflicto que ríanse ustedes del problema catalán.

Persiste en la Semana Santa la división entre talibanes y sevillitas y entre la ciudadanía capilla las dos almas cofrades. Al objeto de ahondar más en el debate la Hermandad del Ecce Homo, con Ramón Sánchez Heredia como hermano mayor, ha organizado el VII Congreso de Costaleros con lo que parecen defender la carga a costal. No está claro si van a promover que se cambie la estructura de los pasos para facilitar este tipo de carga o si es suficiente con echarse el paso a la nuca con la actual disposición.

Parece que se han envalentonado y no temen represalias desde la Vera Cruz y desde quienes defienden las más rancias tradiciones gaditanas. Se avecinan tiempos de turbulencias. De un lado los que guardan la quintaesencia gaditana en el sancta sanctorum de su cofradía y de otro los modernizadores que quieren traer las costumbres de Sevilla Madre y Maestra. El debate del siglo, la madre de todas las batallas con Rafael Zornoza recién llegado de Tierra Santa, con nuevos bríos tras los consejos que la Divina Providencia le haya transmitido acerca de la manera de llevar los pasos en Cádiz. Un asunto fascinante: ¿es mejor llevar los pasos a hombros o sobre la cerviz? ¿hay que hacer siempre lo que hace Sevilla o hay que mantener a toda costa las más ricas costumbres gaditanas? ¿El Ecce Homo va a cargar a costal o va a encargar una Fenwick?